

“ZACARÍAS E ISABEL ERAN PERSONAS REALMENTE BUENAS”: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA IGUALDAD

P. Gregory Kennedy, SJ

Puesto que Juan el Bautista vino para predicar la conversión a su pueblo, no nos debería sorprender que su nacimiento convirtiera a su propio padre. Los acontecimientos, que sucedieron en la región de Judea y de los cuales todo el vecindario comentaba, sacudieron a Zacarías de su sueño patriarcal. Despertando, al sacerdote anciano y nuevo papá se le abren los ojos, pues, por primera vez ve la realidad desigual e injusta hasta ahora escondida a su vista. Como resultado, Zacarías comienza a comportarse de diferente forma, cambiando lo que queda a su alcance.

Para muchos, “patriarcado” es una palabra poco digestible. Suena amarga, acusatoria, exagerada. He tropezado con no pocos religiosos (también religiosas) que defienden a los pobres, se meten en la lucha de los marginados, alzan su voz contra la desigualdad financiera, pero jamás se identificarían como feministas. A su modo de ver, el feminismo parece algo excesivo, que no cabe en sus virtudes de moderación, paz y discreción. No quieren asociarse con tal movimiento, porque ha ido más allá de lo razonable y, a decir verdad, no se puede perder el equilibrio.

Es sacerdote jesuita de la provincia de Canadá. Tiene doctorado en filosofía de la Universidad de Ottawa y actualmente está terminando una maestría en teología en la Pontificia Universidad Javeriana. Se interesa principalmente en la eco-teología y la eco-espiritualidad.

Pero se debería preguntar ¿cuándo y dónde ha existido ese presunto equilibrio? En casi todas partes y épocas humanas, se ha inclinado patente y peligrosamente hacia el hombre. Si las feministas han corrido hacia el otro extremo del barco, lo han hecho para estabilizar la nave. De otro modo, se hubiese ya volcado.

Los mismos religiosos que se alejan del feminismo no dudan al defender el concepto de la opción preferencial por los pobres. Sin embargo, no entienden dicha preferencia por los pobres como un rechazo de, o un odio a los ricos. Al contrario, dan prioridad a los pobres porque en general e históricamente son oprimidos. Es importante, resaltar y subrayar su causa, de lo contrario, desaparecerían bajo un sistema que no les hace caso.

Lo mismo sucede, en cuanto al tema del género. Los varones, privilegiados *de por sí* por el sistema patriarcal, no se dan cuenta

de sus propios privilegios. Les llegan como cosas dadas por la naturaleza, como si fueran rayos emitidos por el sol. Del mismo modo, son pocas las veces que los ricos entienden los dolores de los pobres; los hombres en general no reconocen los sufrimientos y las quejas de las mujeres. En ambos casos, a los favorecidos les falta experiencia propia de la exclusión del sistema. Eso dificulta, o quizá imposibilita, una comprensión existencial, capaz de reconocer tanto la presencia como el prejuicio del patriarcado.

Quienes defienden la opción preferencial por los pobres, deberían considerarse feministas, ya que el feminismo se despliega a partir de una opción preferencial por las mujeres. Es urgente caer en cuenta que la pobreza, toca siempre más duro a las mujeres. Son ellas quienes, aparte de constituir la mayoría de las que no tienen, son al mismo tiempo las que más trabajan¹. Así, no se puede hacer una opción preferencial por los

¹“A pesar de los cambios ocurridos en la participación de la mujer en el mercado del trabajo, las mujeres continúan soportando la mayor parte de las responsabilidades en el hogar: cuidado de los hijos y otros miembros del hogar a cargo, preparación de las comidas y realización de las labores domésticas. En todas las regiones, las mujeres emplean al menos dos veces más tiempo que los hombres en el trabajo doméstico no remunerado. Las mujeres con empleo dedican una cantidad de tiempo excesiva a la doble carga del trabajo remunerado y las responsabilidades familiares; cuando se tiene en cuenta el trabajo no remunerado, el total de las horas de trabajo de la mujer es mayor que el de los hombres en todas las regiones”. http://unstats.un.org/unsd/publication/SeriesK/SeriesK_19s.pdf. 30 abril, 2016. p. ix, xi.

pobres, sin hacer una opción por las mujeres. Las dos coinciden.

Esto no necesariamente “niega la diferencia y la reciprocidad natural del hombre y de la mujer”²; no obstante, este tema preocupaba a los obispos convocados en el último sínodo sobre la familia. La meta de una transformación cristiana de la economía no es convertir a todos los pobres en consumidores de la clase alta, sino erradicar la desigualdad que permite un consumo desmedido de algunos al costo de los otros. Asimismo, el objetivo auténtico del feminismo no es tornar a todas hombres, ni a todas mujeres, sino arrancar las malas hierbas culturales que fuertemente desfavorecen el crecimiento de las mujeres. Ambos movimientos surgen del reconocimiento de que los privilegios tanto de clase como de género, se deben directamente a la desigualdad y a la represión que mantienen a las desaventajadas en su posición de inferioridad.

Todo lo anterior nos sirve como preámbulo para meditar en la conversión de Zacarías. Aunque suene anacrónico, todos los acontecimientos alrededor del

nacimiento de Juan, hicieron de Zacarías un feminista. Una lectura sensible del primer capítulo de Lucas, tal vez nos transformará en feministas solidarios, sin importar que seamos varones o mujeres.

Lucas nos presenta a Zacarías e Isabel como una pareja santa y sana; los dos “eran personas buenas a los ojos de Dios: vivían de acuerdo a todos los mandamientos y leyes del Señor” (Lc 1, 6). Esta solidaridad en la fe también se manifiesta en el duelo, ya que están sin hijos después de una larga vida juntos. Se puede intuir que su dolor compartido, en vez de alienarlos los une más. Sin embargo, el evangelio nos da a entender que la carga más pesada cae sobre Isabel. Afirma que “no tenían hijos, porque Isabel no podía tener familia” (Lc 1, 7).

Tal juicio ha sido común a lo largo de la historia, pero su mera repetición no lo hace verdadero. Dado que se necesitan dos personas para procrear, resulta igualmente posible que la esterilidad afecte a Zacarías, no a Isabel. Lucas no ofrece pruebas de su afirmación, constatando, por ejemplo, que Zacarías hubiese tenido hijos antes con otra mujer.

² Papa Francisco, *Amoris Laetitia*, 2016, # 56.

Más bien, se acude a la tradición bien arraigada en el “síndrome de Eva”, presumiendo que el fallo, por naturaleza, fuese femenino.

En consecuencia, aunque a Zacarías le duele el no tener hijos, a Isabel la humilla “ante todos”; la sociedad entera la estigmatiza. Ahí se sondea la profundidad de la difusión del patriarcado, porque las mujeres de ese entonces, en lugar de ser compasivas con una persona que sufriese algo que cualquiera de ellas pudiese padecer, toman también la perspectiva patriarcal. Agar, si cabe recordar, la esclava de Abram, fue quien hizo insoportable con sus bromas y desprecio, la presunta esterilidad de Saray (Gn 16, 4). Tan hondo puede ser el machismo que rompe las alianzas naturales que surgen entre víctimas de una injusticia cultural.

Descendiente de una familia sacerdotal, Zacarías disfruta los deberes y privilegios de su clase. Entrar en el santuario del Señor y ofrecer el incienso era una tarea tremenda, probablemente un evento único en la vida de un sacerdote, pues había muchísimos que esperaban su turno. A pesar de que se honra con aquello que hace, la obra conlleva riesgos,

debido a la proximidad al Todopoderoso. El Dios del Templo era aterrador a cuya cercanía ningún mortal podía sobrevivir. Por ello, Zacarías siente miedo al ver al ángel, que lo castiga por no creer en la buena noticia anunciada. No obstante su mudez, Zacarías se siente muy afortunado por haber podido salir del trauma vivo.

Por supuesto, la imagen de Dios generada por este acontecimiento, no encaja muy bien con las imágenes del Padre, por ejemplo el del hijo prodigo, que encontramos más adelante en el evangelio de Lucas. Un Dios temible por su transcendencia absoluta se encarna culturalmente en el patriarca, la cabeza de la familia antigua. El que Zacarías salga perjudicado por presenciar al divino no nos debe extrañar, dada su creencia israelita de que nadie puede ver a Dios y quedar con vida (cfr. Ex 33, 20). En cambio, llama mucho la atención, la diferencia entre su encuentro con el poder celestial y el de María.

Las reacciones humanas de las dos personas siempre me han parecido iguales. Se suele decir que la aceptación de María era inmediata e incondicional. Pero a mí me cuesta hallar algo sustancial

que pueda diferenciar la respuesta de Zacarías (“¿Cómo puedo creer esto? Yo ya soy viejo y mi esposa también” Lc 1, 18). De las palabras de María (“¿Cómo podré ser madre si no tengo relación con ningún hombre?” Lc 1, 34). Ambos contestan con la misma incredulidad. Aun así, el ángel le quita la voz a Zacarías, pero no reprocha de ningún modo a María. ¿Cómo se entiende tal desigualdad?

La única manera de sacar sentido de esta aparente dualidad es constatar que afectivamente Dios se porta según una opción preferencial por las mujeres, o sea, las pobres. Siendo mujer, María ya sabe demasiado bien cómo es no tener voz, no ser escuchada, no encontrar alivio frente a sus temores. Por lo tanto, el ángel la escucha, la toma en serio, le explica la situación. En cambio, a Zacarías, que toda su vida como hombre y sacerdote ha aprovechado el poder de aseverar y acertar, le da la oportunidad dolorosa de sentirse sin poder, incapacitado, y marginado. De repente, el mundo cierto y seguro del sacerdote ya no se lo ve así. Silenciado, Zacarías empieza a mirar las cosas desde abajo, desde las mujeres, los niños y los forasteros.

Esta nueva mirada le hacía falta a Zacarías para poder escapar de la imagen patriarcal del Dios que lo tenía preso. Al recobrar su voz, el anciano eleva una bendición desbordante, alabando al Señor que brinda salvación a través del perdón y la paz. Su cántico no contiene nada de venganza, más bien festeja la promesa de una liberación de las fuerzas de opresión, para que todo su pueblo sirva al Señor “sin temor” (Lc 1, 74). “Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará desde lo alto un amanecer que ilumina a los que habitan en tinieblas y en sombras de muerte” (Lc 1, 78-9).

Entre aquello que se encontraba en la oscuridad social de esa época, estaba todo el género femenino. Ellas tenían prohibido participar en la vida pública, incluso dejarse ver en público no acompañadas por esposos o familiares masculinos, las mujeres literalmente vivían a la sombra de los hombres. Ese sol, invocado por Zacarías, que va a brillar en todos los rincones de la sociedad, para que lo escondido salga a la luz, resulta un símbolo de la equidad de género radical. Muestra “el camino de la paz” (Lc 1,

79) que parte desde la igualdad, y por doquiera que ésta falte, habrá odio, opresión y esclavitud. El cántico de Zacarías, entonces, se puede y debe escuchar como un himno glorioso de la liberación de la mujer³.

Conviene ahora, destacar de dónde proviene esta alabanza esperanzadora. Zacarías, el nuevo padre de una familia nueva, siendo mudo, hace lo insólito: escucha a su “mujer”. Isabel, supuestamente por el “capricho de su sexo”, no hace caso a los patriarcas eclesiásticos, que “vinieron para cumplir con el niño el rito de la circuncisión” (Lc 1, 57) y querían imponer el nombre “Zacarías”, a su bebé recién nacido. El deseo maternal, que coincide con el de Dios, de llamar al chiquitín “Juan” va en contra de las normas sociales, ya que “no hay nadie en tu familia que se llame así” (Lc 1, 61). En seguida, dando la espalda a Isabel y dirigiéndose a Zacarías, los poderosos “preguntaron con señas al padre cómo quería que le pusieran” (Lc 1, 62). Así se da

a entender claramente que para estos oficiales la voluntad femenina no vale nada.

Mudo por castigo, Zacarías se identifica de repente con Isabel, también muda por un castigo cultural no merecido en absoluto. Iluminado por ese sol equitativo que alumbra las tinieblas injustas, Zacarías se hace partidario definitivo de su esposa, reiterando su voz para que se escuche inequívocamente. Al asumir por sí mismo la voz reprimida, Zacarías puede hablar con autenticidad, autoridad y alegría, porque ya sabe cómo expresarse sin suprimir la voz de otras. Por eso es tan bello su cántico, porque se canta en polifonía, o sea, ya no es el monótono patriarcal que ahoga la diversidad, sino un alzar la voz en armonía con aquellas voces calladas que se deben oír.

Todos, sean hombres o mujeres, religiosas o religiosos, tienen que sumar sus voces a este cántico de liberación e igualdad. Hasta que no lo hagamos, quedaremos

³ Es interesante comparar el discurso del cántico de Zacarías con el de la “Magnificat” de María. El lenguaje de Zacarías resulta mucho más pacífico y reconciliador que lo que proclama María. Las palabras de ella (“dispersa a los soberbios en sus planes, derriba del trono a los poderosos” Lc 1, 51) señalan una justicia ganada por la fuerza. De ahí se puede ver una dosis de humildad inyectada en el papel del hombre-sacerdote de Zacarías, y, por otro lado, un estímulo de coraje audaz suministrado a María, la joven mujer-madre judía. Así los extremos de género se acercan.

mudos, presos a un patriarcado escondido en sombras, pero todavía poderoso. En la Iglesia, por tomar solo un ejemplo, se calló la conversación franca sobre la posibilidad de la ordenación femenina. Puede ser que la mudez acerca de dicha posibilidad provenga, como en el caso del sacerdote Zacarías, de una carencia de fe en el Dios de lo imprevisible, que siempre hace añicos nuestros esquemas y expectativas. Puede ser que la Iglesia no vaya a lograr

hablar con su propia autoridad y alegría hasta que haga eco a la voluntad de las mujeres, quienes se sienten llamadas profundamente a un servicio sacerdotal. Puede ser que a la Iglesia le haga falta un rechazo del patriarcado más definitivo y valiente que lo alcanzado hasta ahora. Quizás, una vez hecho, “en ese mismo instante se le suelte la lengua y sus primeras palabras sean para alabar a Dios” (cfr. Lc 1, 64).